

# Museo, posible fuente literaria de Tirso

JOSÉ RICO VERDÚ

Se suele decir que *Deleitar aprovechando*<sup>1</sup> es una novela a lo divino, basándose en la frase de Tirso, *novelar a lo santo*. Sin embargo, el mercedario no se sirve de un argumento profano para, con algunos cambios, darle un sentido santo; sino que utiliza lo santo para, mediante algunos adornos, conferirle una apariencia atractiva sin cambiar nada sustancial; quiere disimular unas vidas de santos, a fin de que el público las acepte gustoso: la intención es la misma que en la literatura a lo divino, pero los medios son opuestos. Uno de esos adornos pudo ser la utilización del poema de Hero y Leandro del gramático Museo, con el cual hace una introducción verosímil a la biografía de Santa Tecla, *La Patrona de las Musas*.

Tirso vivió en un ambiente en el que predominaba una literatura poco edificante. Se pensaba que, del mismo modo que la ballesta necesita estar floja pues si está tensa durante mucho tiempo se rompe, las personas precisaban de un descanso intelectual, para el que se proponían obras de entretenimiento en las cuales se aunase la diversión con la enseñanza moral: pero cuantas se ofrecían al público se inclinaban más por el deleitar que por el enseñar, llegando incluso a lo inconveniente. Los lectores querían obras de entretenimiento y los autores, para proporcionárselo, las componían sin la moralidad debida. Ya Luis Vives advirtió que las obras religiosas se les caían de las manos a los lectores: *Idcirco nec eos* [crónicas y libros serios], *nisi homo curiosus legit [...]; qui vero relegant non inveniunt, ut satius ducant libros legere aperte mendaces et meris nugis refertos, propter aliquod stili lenocinium* (*De causis corruptarum artium. P. I, L. II, c. VI*). Lo mismo pensaba Fernán Xuárez, consciente de que un *tratado del título que les pareciere, o Vida del Espíritu o Subida al Monte Sion o Doctrina christiana, a la hora la echarían*

<sup>1</sup> *Deleitar / aprovechando / por el Maestro / Tirso de Molina*. Madrid, Impta. Real, 1635.

*de las manos*<sup>2</sup>. La gente sólo pedía y nunca se hartaba de las novelas; mas éstas resultaban perniciosas, pues, incluso las que se presentaban con apariencia de moralidad, proponían malos ejemplos para que sirviesen de modelo negativo al lector, como dice el beneficiado sevillano en su traducción (aunque descafeinada y con muchas advertencias preliminares) del Aretino. Y nos resultan muy dudosas afirmaciones como la del Dr. Francisco Ortiz de Peñafiel, quien, al calificar *El Menandro*, la halló *en su género abundante de discursos morales opuestos a los vicios que retrata al parecer para más hacer odiosos que para introducirlos en los ánimos que los leyeren*; pues, según su autor<sup>3</sup>, con la excusa de un fin moral se les dan, a los jóvenes, muchos ejemplos de acciones incorrectas,

*en el Boccacio y otros noveleros, de mujeres que trajeron a puerto seguro sus temerarias resoluciones, creyendo en todo su juicio que los escribieron para enseñanza de los vicios que se deben huir y virtudes imitar, lo hicieron para persuadir los contrarios efectos; que este es el fruto que obran los libros de este género, que no llevan consigo el adorno de la moralidad.*

En realidad no valía la coartada de proponer ejemplos negativos, que debían evitarse<sup>4</sup>, aunque estuviesen empedrados de sentencias y reflexiones morales, ni mucho menos contentarse con empezar (*El curial del Parnaso*. 1624) o terminar (*Las harpías en Madrid*. 1631) cada caso con una moraleja, pues los novelistas eran conscientes de que el público no buscaba *maestros que muerdan con las palabras y corten de raíz los vicios; sino que los halaguen*<sup>5</sup>; sin embargo, muy pocos se atrevían a confesar públicamente que su empresa consistía únicamente en *deleitar y divertir a los lectores*<sup>6</sup>, por más que pudieran escudarse en Aristóteles (*Poetica*, 1459a 20). El problema tuvo que estar bastante extendido en la sociedad pues parece ser que desde 1625 el Consejo de Castilla venía restringiendo la concesión de permisos para imprimir novelas y comedias<sup>7</sup>. Si esto se daba entre los

<sup>2</sup> ARETINO, P., *Coloquio de las damas agora nuevamente corregido y emendado [...] por el beneficiado Fernán Xuárez* (1548). En Menéndez Pelayo, M., *Orígenes de la novela* IV. Madrid, Bailly-Bailliere, 1915, p. 251b. Tirso, consciente de este problema, nos dice que las formas tradicionales de la hagiografía, *por más que las sazone lo admirable de sus casos, se llevan consigo lo fastidioso que todo lo divino* (Dedicatoria). También Feliciano de Silva, como excusa para su *Segunda Celestina* (1534), escribe en la dedicatoria: *como ya los hombres tengan el gusto tan dañado para recibir las virtudes, trae mucho aparejo traer cubierto de oro de burlas y cosas apacibles el acibar que todos reciben en la verdad y en las cosas que se puede sacar provecho*.

<sup>3</sup> REYES, Matías de los, *El Menandro* (1636). Madrid, L<sup>a</sup> de Bibliófilos Españoles, 1909, pp. 228-29. El mismo Fernando de Rojas, en los versos en que se excusa *de su yerro en esta obra que escribió*, alaba al autor del primer auto de *La Celestina* por esto mismo: *Ví que portaba sentencias dos mil, / en fero de gracias, labor de placer*. Lo mismo repite en la carta *a un su amigo*.

Prescindimos, pues no es este el caso, de la prohibición tridentina a los *libri qui res lascivas, seu obscenas ex professo tractant, narrant, aut docent* (*Decretum de libris prohibitis, regula VII*).

<sup>4</sup> Pese a que existían los que, *deseosos de aprender costumbres y, en faltas y sucesos ajenos, echan de ver los suyos, gustaban en extremo de comedias* (López Maldonado, *Cancionero* (1586). Ed. fotolitográfica. Madrid, Libros antiguos españoles, 1932. Prólogo).

<sup>5</sup> LUGO y DÁVILA, F., *Teatro popular* (1622). Madrid, L<sup>a</sup> de Bibliófilos Españoles, 1906, p. 14.

<sup>6</sup> CÉSPEDES y MENÉSES, G., *Varia fortuna del soldado Píndaro* (1626). Madrid, Espasa-Calpe, 1975. T<sup>o</sup> II, p. 171.

<sup>7</sup> MOLL, J., “Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla: 1625-1634” en *BRAE* LIV, 1974, pp. 97-103. Por lo menos durante su primer lustro la restricción no fue absoluta, como se comprueba con sólo hojear los prólogos de don Emilio Cotarelo a la “Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas”, que venimos citando. Según B. Ripoll (*La novela barroca. Ca-*

escritores y políticos, ¿qué no dirían los moralistas? Para muestra basten las opiniones de Vives y las del carmelita Fr. Joseph de Jesús María:

*eruditio non est expectanda ab hominibus, qui ne umbra quidem eruditionis viderant; iam cum narrant, quae potest esse delectatio in rebus, quas tam aperte et stulte configunt? [...] Quae insania est, iis duci aut teneri? Deinde argutum nihil est, praeter quaedam verba ex penitissimis Veneris scriniis deprompta, quae in tempore dicuntur ad permovendam, concutiedamque quam ames<sup>8</sup>.*

*Y no solamente se hallan en estos libros despertadores violentos para los vicios; mas también maestros perpetuos que enseñan cómo han de intentarlos y proseguirlos. Allí se representan los primeros ensayos de la torpeza; allí deprenen a introducir las conversaciones, a ordenar las pláticas y a escribir los billetes. Allí se componen las razones para persuadir a deshonestidades, allí se advierte de los tiempos convenientes para ellas, de las trazas, cautelas y conciertos<sup>9</sup>.*

Ante este ambiente Fr. Gabriel Téllez, al plantearse su obra hacia 1632 y darle un fin moralizador, no hubo de sentirse coaccionado, como se ha dicho, por el imperativo político (podía publicarla en otros reinos sin necesidad de escribir un tratado doctrinal o, por lo menos, hagiográfico); sino más bien por su propia conciencia de sacerdote que había de formar al pueblo. La escribió cuando estaba en auge la novela cortesana y la publicó después de esa posible restricción, así que no podemos decir que lo coartara la censura civil.

Al lector hay que darle *quimeras y aventuras, con todo género de divertimento aseglarado, por lo nuevo apetitoso, por lo eslabonado suspensivo y por lo satírico picante* (Dedicatoria) y como sólo se podrá afirmar de una obra que *omne tulit punctum...*, si la historia fuese además edificante en sí misma, los ejemplos propuestos serán, por tanto, positivos, es decir, historias morales en sí mismas, dignas de imitarse. Por eso Tirso buscó hacer un libro digno estéticamente, cuya sustancia fuese doctrinal y sus accidentes atractivos para el lector, es decir, poner en práctica el consejo horaciano de *delectando pariterque monendo*, según deducimos de la Dedicatoria. Deseó hacer un libro bueno, porque, en palabras del Pinciano<sup>10</sup>, *la obra que fuere imitación en lenguaje, será poema en rigor lógico; y el que enseñare y deleitare (porque estos dos son sus fines) será bueno y el que no, malo*, para lo cual sigue los modelos de Gaspar Lucas Hidalgo y de Castillo Solórzano<sup>11</sup>: pasar los días de carnaval con entretenimientos honestos, pero alegres. Ahora bien evitó caer en las groserías del primero que ocasionaron su posterior inclusión en el *Índice*; y no se contentó, como el segundo, con sólo discursos *en que se refiera un suceso con*

*tólogo bio-bibliográfico (1620-1700)*. Salamanca, Universidad de..., 1991), el número de novelas publicadas en Castilla es semejante al de la suma de las aparecidas en el resto de los reinos peninsulares, pese a los cambios de domicilio de Castillo Solórzano, el más prolífico.

<sup>8</sup> Citado, como el anterior de Vives, por Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, I, p. 265.

<sup>9</sup> Citado por Agustín González de Amezúa y Mayo, *Formación y elementos de la novela cortesana*. Discurso. Madrid, R.A.E., 1929, p. 81.

<sup>10</sup> *Philosophía antigua poética del doctor Alonso López Pinciano, Médico cesáreo* (Madrid, 1596) Madrid, Btca. Castro, 1998, p. 113.

<sup>11</sup> LUCAS HIDALGO, G., *Diálogos de apacible entretenimiento* (1603?). En Castro, A. de: *Curiosidades bibliográficas*. B.A.E. XXXVI, pp. 279-316.

CASTILLO SOLÓRZANO, A., *Tiempo de regocijo y carnestolendas de Madrid* (1627; pero 1626)). Madrid, L<sup>a</sup> de Bibliófilos Españoles, 1907.

su moralidad, porque se mezcle lo provechoso con lo deleitable<sup>12</sup>. Fr. Gabriel Téllez le cuenta, en la dedicatoria a Luis Fernández de Córdoba y Arce, que se siente atraído por las historias de tres figuras del santoral católico: La de santa Tecla, por el estilo con que el hagiógrafo<sup>13</sup> redactó su vida y milagros, cuya prosa le cautivó (*enamórome la elocuencia histórica que san Basilio, obispo de Seleucia, escribió en griego de la ínclita Virgen y triunfadora mártir santa Tecla, y llegó a mis manos ya latina*); la de San Clemente, por la invención y disposición con que se narran las peripecias de sus protagonistas (*recreábanme los entretajidos sucesos, los acertados descaminos y las derrotas misteriosas por donde el cielo guio el sacrosanto pontífice Clemente*); y la tercera, la de San Pedro Armengol, que, además, poseía el interés personal de ofrecer un ejemplo de la propia orden (*enseñoreábanse de mis afectos los rodeados atajos por donde la gracia guio, para más lustre de nuestra Milicia Redentora, los pasos del bandolero mártir*).

Se encuentra, pues, con tres historias y quiere comunicarlas con provecho; y aunque, según el Pinciano, *cae mucho mejor la imitación y ficción sobre materia que no sea religiosa* (pág. 462), Tirso elegirá esa materia religiosa, sin embargo buscará, en los géneros literarios, alguna *disposición nueva* que atraiga al público. Piensa, lo primero, en las comedias de santos; pero las rechaza, porque los espectadores asistentes al teatro se atreven a todo, porque el aplauso en estos temas resulta insustancial, porque hay costumbre de fingir milagros nuevos (prohibidos, como dice Tirso, por el Concilio de Trento, *sessio XXV*) sólo para el lucimiento de los tramoyistas, y, finalmente, porque una comedia se agota en su representación y, al poco tiempo, la gente se ha olvidado de ella.

Se decide por la narrativa. Enseñará novelando lo santo; pero se encuentra con que no se pueden crear nuevas historias y las antiguas no atraen al público; no le queda, pues, más remedio que seguir los consejos del mismo Pinciano para aquellos autores que no sean verdaderos genios: *el que no tuviere ingenio furioso harto y inventivo, añada a lo inventado, que la añadidura también tiene invención en cierta forma [...] hay ingenios que de suyo no son muy inventivos, mas arrimados a las invenciones de otros, añaden cosas más que medianas* (págs. 198-99).

La consecuencia es clara: aderezará esas tres biografías, adornándolas para que, sin cambiar la enseñanza, atraigan por su placer, es decir, *deleiten aprovechando*. Por eso concluye: *doremos la pildora [...] novelemos a lo santo y, entre lo marañoso y entretajido de lo raro de sus vidas, fabriquemos estos tres panales que, lisonjeando al apetito enfermo, comuniquen confitado lo medicinal de sus ejemplos*. En efecto, en estos tres asuntos, se puede encontrar *lo peregrino de los cuentos, lo enmarañado de los amores, lo temerario de la valentía, lo ingenioso de las trazas y lo quimérico de las aventuras*. Y, decidido a ponerlo en práctica, dedica *un año entero de desvelos, sin divertir la pluma a otros*.

<sup>12</sup> CASTILLO SOLÓRZANO, *Jornadas alegres* (1626). Madrid, L<sup>a</sup> de Bibliófilos Españoles, 1909, p. 17.

<sup>13</sup> "Las *Actas de San Pablo y Tecla* sabemos que fueron compuestas por un presbítero de Asia, imbuído de la falsa opinión de que era lícito a las mujeres el sacerdocio y la predicación en la Iglesia" (Menéndez Pelayo, M., *Orígenes de la novela* 1, pág. xi). En el prefacio de la obra atribuida a san Basilio se la llama apóstol y mártir.

No inventa argumentos nuevos<sup>14</sup>, alinea los viejos y reta a la crítica, para que compruebe si consiguió sus propósitos (*no con sus deseos, con los míos*) de, uniendo lo sagrado del enseñar con lo profano del deleitar, sacar ese *tercer mixto*. Y, para demostrar que no alteró lo histórico en aras del arte y que la veracidad histórica quedó intacta, pues no se apartó en lo sustancial<sup>15</sup>, invita a *la curiosidad registradora* a que coteje *La Patrona de las Musas con lo que escribió [...] su devotísimo obispo seleuciense. Los triunfos de la verdad con lo que en diez San Clemente dedica [...] El Bandolero nuestro, con lo que las crónicas de su Orden refieren.*

Cabe hacernos una pregunta, pues nuestro mercedario no lo aclara explícitamente: si algunas vidas de santos poseen la trama (*lo admirable de sus casos*) conveniente, ¿qué les falta para que atraigan al público? En otras palabras, ¿cómo novelar lo santo? Parece evidente que no basta un buen estilo, como el de san Basilio; se necesita también el ingrediente erótico o *lo enmarañado de los amores*. Lope también se dio cuenta de esta necesidad y lo introdujo en algunas de sus comedias de santos<sup>16</sup> y Cristóbal Lozano, al amor, añade la sangre en sus novelas de las *Soledades de la vida*. De este recurso, entre otros (p. e., los poemas), se sirve en *La Patrona de las Musas*, con la finalidad de hacerla no sólo verosímil, sino también agradable, porque, según el Pinciano, *es bueno entrejerir algo fuera de la fábula que entretenga y dé pasatiempo*, pues, al fin y al cabo, *este animal fábula será tanto más deleitoso, cuanto más variedad de pinturas y colores en él se vieren* (págs. 180, y 196). Como dice André Nougué<sup>17</sup>, Tirso se percató de la endeblez novelística del relato griego, por lo cual *il fallait tout d'abord, créer le cadre qui manquait à l'oeuvre de Basile*, sobre todo en lo referente al aspecto sentimental (honor, amor, celos). En efecto altera los de la madre, Teoclea, y los enamorados, Tamíríde y Alejandro; pero conserva los caracteres de los actantes esenciales: *la jeune païenne, l'apôtre saint Paul, le proconsul Cestilius, la veuve Tryphaine*; incluso el de la belleza de la voz de S. Pablo, capaz de suspender a quien lo escuchara y de hacer que Tecla se quede embelesada con sólo oírla. Sigue el texto de San Basilio probablemente a través de la versión latina realizada por Pierre Pantin, belga, profesor de griego en Toledo, dedicada a Felipe III<sup>18</sup>. San Basi-

<sup>14</sup> Más tarde, Cristóbal Lozano, sacerdote de Hellín, narrará historias nuevas en las que, con recuerdos de Góngora, mezcla violencia y erotismo (sangre y amor), para terminar todos los protagonistas arrepentidos y retirados en los alrededores de Guadalupe. *Los monjes de Guadalupe. Soledades de la vida y desengaños del mundo (novelas y comedias exemplares)*. 1658

<sup>15</sup> Cfr. PALOMO, M. P., *La novela cortesana (Forma y estructura)*. Barcelona, Planeta, 1976. Pág. 125.

<sup>16</sup> V. ARAGONE TERNI, E., *Studio sulle "Comedias de Santos" di Lope de Vega*. Messina, D'Anna, 1971, pp. 153 y ss.

<sup>17</sup> *L'oeuvre en prose de Tirso de Molina*. Paris, I. E. Hispaniques, 1962, pp. 215 y ss.

<sup>18</sup> En la Biblioteca Nacional se conservan dos textos bilingües de san Basilio: El primero (2/68842): *Basilii / Seleucia in Isavria / episcopi / De vita ac miraculis D. Theclae / Virginis Martyris Iconiensis / Libri dvo. / Simeonis Metaphrastae Logothetae / de eadem Martyre Tractatus singularis. / Petrus Pantinus Tiletanus, Decanus Bruxellensis, / e tenebris nunc primum eruit, Latine vertit notisque illustravit [escudo de los Austrias] Antverpiae, / ex officina Plantiniana, / Apud Ioannem Moretum. / M.DC.VIII*. Todas las citas están sacadas de este ejemplar.

El otro (2/64879): *Basilii Seleucia Isauriae episcopi Opera quae extant. Nunc primum graece et latine coniunctim prodeunt*. Está falto de portadas, la aprobación del provincial de los jesuitas para que Cl. Dausqueio lo imprima es de 1601; pero éste, en realidad sólo traduce 40 sermones del santo, pues la de la vida de santa Tecla es la de Pedro Pantin, que inserta, incluso, con la dedicatoria de la "Vida de Santa Tecla" a Felipe III en 1608.

¿Qué edición siguió Tirso? Parece ser que la primera; sobre todo si consideramos que la obra de S. Basilio consta de dos libros y Tirso habla de tres. Esta incongruencia, puesta de manifiesto por Nougué, tendría su explicación en el añadido de Metafrasto.

lio escribía que hombres, mujeres, niños y viejos que lo tenían presente, olvidados de comer y de beber, *a sola Paulli voce atque doctrina omnino pendent*, y que, desde la ventana de su casa, Tecla, *nec una praesens, nec Paullum adeo cernens, verba ipsius comprehendebat [...] iucundissimam sibi vocem subministraret* (pág. 15); es más, *Pauli voce utrumque excepta, primum quidem ad illam, utpote peregrinam & eatenus insuetam, obstupefacta [...] tum paucula quaedam verba sacrae concionis vixdum inaudiens, statim animo mossa* (pág. 11); aunque *nec visus Paulus fidem Virgini transmitteret, eique in erroris & inscitiae adhuc tenebris versanti accensum pietatis lumen porrigerat. Quod sane evenit* (pág. 9). No obstante, Tirso hace que, por un milagro del Espíritu Santo, Tecla entendiese cuanto predicaba Pablo:

*Hizosele nuevo a Tecla lo peregrino del lenguaje (puesto que, por privilegio concedido del amoroso espíritu a los apóstoles, en cualquiera que Pablo hablase le entendían todos) y llevada de la curiosidad, lazo con que el cazador eterno pretendía prenderla, aplicó codiciosa los oídos a sus palabras*

Veamos cómo lo aplica a los primeros años de la vida de santa Tecla, es decir, a la Tecla pagana, donde Tirso se encuentra más libre para introducir recuerdos de la cultura grecolatina, especialmente los de Museo. En *La Patrona de las Musas* deberá ser fiel a la historia, al relato de la vida de Santa Tecla escrito por S. Basilio, cuya base fundamental es el primer viaje de San Pablo según narra San Lucas (*Hechos*, XIII y XIV): *Quemadmodum sane & a Luca (beato atque admirabili viro, tam in divinis evangelii quam in eo quem de apostolis edidit, libro, Theophili nomine praeposito [...]) factitatum fuisse constat* (pág. 7). Una etapa de este viaje es Iconio, entre Antioquía de Pisidia, cercana a la misma Iconio, y Antioquía de Siria. San Basilio las distingue *Antiochiam dico, pulcrum illam maximamque Syrorum urbem quaeque prima omnium eximium hoc ac beatum nomen est consequuta ut initio christiani in illa appellarentur; non autem alteram illam, quae est Pisidarum & Lycaonum vicina, licet Pisidae ita esse volunt* (pág. 69); y Tirso se apresura a advertirnos que Alejandro llega a Iconio procedente de Antioquía y que pertenecía a *la juventud bizarra de Antioquía (no la que parte términos con los licaonios) aquella sí, que principal colonia de los sirios* (f<sup>o</sup> 5 r). Claro que después nos dirá que la futura santa era *envidia de Asia, presunción de Europa* (f<sup>o</sup> 13 vto.).

En su novelar deberá elegir unos adornos tales que no desdigan del fondo, puesto que *la trama ha de ser del hilo de la urdiembre, para que no se hagan las fábulas y marañas dichas episódicas* (Pinciano, pág. 464). No cree suficiente, para el ornato, el intercalar citas de autores clásicos (estudiadas eruditamente por María del Pilar Palomo<sup>19</sup>); sino que, en la composición del argumento, se sirve del poema de Museo<sup>20</sup>, como introductor del tema de Santa Tecla, forzando, incluso, la verdad geográfica, a lo que tanto se oponía el Pinciano (pág. 210). En efecto, aunque Iconio era una ciudad que estaba tierra adentro, bastante alejada del estrecho de los Dardanelos (más de seiscientos kilómetros al sureste de la europea Sesto), el novelista no duda en afirmar

<sup>19</sup> “Notas al texto de *Deleytar aprovechando*” en *Tirsiana*. Madrid, Castalia, 1990, pp. 119-141.

<sup>20</sup> Cfr. Musée, *Héro et Léandre. Texte établi et traduit par Pierre Orsini*. Paris, Les Belles Lettres, 1968.

que el Helesponto contempló a Tecla; y lo primero que se le ocurre es comparar la belleza de Tecla con las de Hele y Hero.

La hermosura menos imitada que vio el Helesponto, desde las dos tragedias que al estrecho célebre [...] aseguraron fama y nombre, cuando, en la una, la ninfa fugitiva perdió a un tiempo la vida y el hermano [...] y, en la otra, Leandro y Hero inmortalizaron con pasiones el mal logro de sus infaustas juventudes (fº 5 r).

Como era de esperar no sigue a Museo *ad pedem litterae*, sino que lo adapta al nuevo fin de magnificar las virtudes de santa Tecla<sup>21</sup>. Llevado por el interés del asunto y la premura del tiempo (*gasté el año que digo en aliñarlos*. Fº 95 r), Tirso citaba de memoria, sin detenerse a consultar ningún tratado enciclopédico, y (claro está) en estos temas carecía de la seguridad y del interés que tenía en los bíblicos. Los errores (especialmente los de semejanza fonética y gráfica o en los que se toma un personaje por otro de los que intervienen en un determinado episodio mitológico) que se puedan detectar en sus menciones eruditas se derivan de esta actitud, porque es de suponerle la suficiente capacidad, para, de haber consultado cualquier enciclopedia, no incurrir en inexactitudes; a no ser que se demuestre que ya estaban en tal edición de la *poliantea*, *oficina* o texto mitológico.

Concretando más y prescindiendo de otras tradiciones textuales<sup>22</sup>, pudo inspirarse en el recuerdo de la versión del poema de Hero y Leandro realizada por Boscán (también es cierto que pudo conocer directamente el poema de Museo, que servía de texto en las universidades<sup>23</sup>), pues hay asuntos desarrollados en la versión del barcelonés, que se hallan sólo apuntados en el original griego. La posibilidad de su imitación pudo sugerírsela a Tirso la vida retirada que Boscán hace llevar a Hero<sup>24</sup>, que coincide con la que el hagiógrafo dice que llevaba Tecla y que el novelista utilizará para una digresión moralizadora.

Siguiendo el poema de Museo hace, en primer lugar, que Alejandro acuda a Iconio; en segundo lugar que, en esta ciudad, asista a las fiestas por la muerte de Adonis; en tercer lugar, que, como Leandro, se enamore de la joven en el templo de Venus; y, en cuarto lugar, que ésta llevase una vida, no sólo casta, sino, diríamos, consagrada a la virginidad.

<sup>21</sup> Podríamos, siguiendo las sendas de Berta Pallarés (“Matrimonio y libertad interior” en *Tirsiana*, pp. 143-187), hablar de que Tirso defendía la igualdad, incluso, en lo que respecta al sacerdocio de las mujeres. Quizás por esto eligió la Vida de Santa Tecla; obsérvese que, en la portadilla interior, se dice: *Basilii / Selevciae Isavriae / episcopi, / De rebus gestis Sanctae Apostoli ac protomartyris Theclae / Commentarius*; y que, a lo largo del texto, se la llama, numerosas veces, *apostolus*. V. n. 13.

<sup>22</sup> Según J. Ma de Cossío, (“Sobre la transmisión del tema de Hero y Leandro” en *RFE*, 1929, 174-75), Fernando de la Torre se aparta de la línea representada por las *Heroidas* ovidianas y el *Bursario*, que constituiría la línea regular de penetración del tema.

<sup>23</sup> Menéndez Pelayo, M., *Antología de poetas líricos españoles*, x. Madrid, CSIC, 1945, p. 301.

<sup>24</sup> Frente a la vida de las jóvenes de la novela cortesana; aunque también Villegas (*Inventario*. 1565. Madrid, Joyas bibliográficas, 1965. Tº II, p.14) nos dice de Tisbe que llevaba una vida casta, incluso, mortificada:

*En Tisbe aquella honesta perfección,  
y la vergüenza natural andaba  
poniendo sus conceptos en razón.  
Allí miembro por miembro se pagaba,  
que, en viendo que un sentido la vencía,  
con fuerte rigor le castigaba.*

Alejandro era *cum imperio praefectus* (S. Basilio, pág. 71) y, según Tirso, va desde Antioquía a Iconio, invitado por unos *deudos propincuos* (fº 5 r). En Iconio se enamora de Tecla con sólo verla, coincidiendo así con Museo y con san Basilio: *in Alexandri oculos incidens ita totum amore incendit atque inflamavit* (pág. 69), pero su actuación, durante todo el tiempo que permanece en esta ciudad, es la de un testigo presencial, no interviene directamente en los acontecimientos principales; excepto en el episodio del billete que hace llegar a Tecla, mediante el soborno de la celestinesca criada, con el moralizador castigo de ésta. Aunque Tirso lo presenta *comme un personnage riche, noble et cultivé; il connaît la dialectique et raisonne comme un rheteur; son amour pour Thècle est profonde et pur*, (Nougué, págs. 217-18), para ajustarse al relato (*Basile avait fait d'Alexandre un être sensuel, vicieux et cruel*), cuando la vea en Antioquía se comportará como un tirano. Se consigue así no alterar, en lo esencial, los datos recibidos; por esa misma causa, a su vuelta a Alejandría, es honrado *con la principal toga de su gobierno*, pues, aunque joven, *suplían en él este defecto, letras, discreción, sangre, hacienda* (fº 52 r).

Hero, según Museo, temía la faretra de Cupido (v. 40) y, por sabiduría y pudor no participaba en las reuniones de las otras muchachas (vv. 33-34). Boscán, que se ajusta bastante en la traducción, nos dice que *virgen y virginal su vivir era* (v. 59) y que sus padres la habían educado de modo que *su vivir era libre, mas no suelto* (v. 52), por lo que

*recogida en su torre cuerdamente  
envuelta en sus ejercicios virginales  
con sacrificios santos y continuos  
trabajaba en aplacar a la gran madre  
del niño que jamás pudo aplacarse* (vv. 87-91)

y aprovecha la ocasión para una digresión moral acerca del retiro de las jóvenes. San Basilio sólo dice que vivía recatada *verecundia enim aetatis & quod lege receptum sit: ne virgines foras prodeant, sed quiete intra domum se contineant* (pág. 15). La castidad no sólo era preceptiva, sino que solía honrarse a quienes la guardaban<sup>25</sup>; pero Tirso da un paso más y hace que Tecla se queje de que ninguno de los antiguos escritores paganos hubiese cantado las excelencias de la virginidad (fº 18vto. ss.), quizás recordando el ataque que, ante el juez de Iconio, san Pablo hace de las costumbres lascivas de los dioses paganos (págs. 33-39) o alineándose con la doctrina del Concilio de Trento (*Sessio XXIV*) que la defendía como de mayor excelencia que el matrimonio frente a la opinión de Erasmo<sup>26</sup>:

*Leonardus: Cur abhorret igitur matrimonio?  
Aegidius: Ait se velle Christo nubere.  
Leonardus: Sane multas habet ille sponsas. An male genio  
nupsit, quae caste vivit cum marito?*

<sup>25</sup> MAURY, L-F A., *Histoire des Religions de la Grèce Antique*. Paris, Ladrangue, 1859. Tº III, p. 193.

<sup>26</sup> V. "Domestica confabulatio" en: *Colloquia*. Lugduni Bat. Ex off. Hackiana, 1664, pp. 18-20. V. también "Uxor mempsigamos" y "Virgo misogamos".



En todo caso, Tirso prescinde, no ya de afirmaciones aisladas como la de Teonoe en la *Helena* de Eurípides, sino de un libro bastante difundido en la época y muy apreciado por el Pinciano y Cervantes, me refiero a la *Historia* de Heliodoro (evidentemente posterior a san Pablo), cuya protagonista tenía *determinado de guardar toda su vida virginidad*<sup>27</sup>; aunque, como Hero, terminara enamorándose.

Como Leandro, Alejandro se enamora de la joven con sólo verla, cuando ésta se encontraba, junto a su madre, en el templo de Venus, iluminado *industriosamente* (f<sup>o</sup> 13 vto); pero Tecla, *menos inclinada que las otras a solemnidades lascivas* (f<sup>o</sup> 14 vto), al contrario que Hero, se pasa la noche durmiendo<sup>28</sup> y el nuevo amante se limita a “encerrarla” en casa, es decir, a ir detrás de ella hasta dejarla en su domicilio. También Tirso (f<sup>o</sup> 52 vto) hace que Tecla llegue a las manos con Alejandro y le arranque el vestido, como sucede en san Basilio (pág. 73).

Pero no sigue únicamente a Museo. En una introducción a la “Fábula de Mirra, Adonis y Venus”, recuerda que, por sus fiestas para celebrar el fallecimiento del amante de Venus, fueron famosas varias ciudades de la antigüedad, no sólo pagana, sino judía (el mito parece poseer un origen semítico). También da su versión de lo que fueron los “jardines de Adonis”; aunque bastante alejada de la realidad<sup>29</sup>. Entre las ciudades que conmemoraban la muerte y resurrección de Adonis, no cita a Sesto, la patria de Hero; pero finge que en Iconio se festejaba el aniversario de la muerte de Adonis, ocasionada por los celos de Marte. Ni Museo ni Boscán dicen nada de las ceremonias; Tirso, en cambio, parece recordar la institución de las Adonia por Venus<sup>30</sup> y, sobre todo, la execración de Ezequiel (VIII, 14): *ecce ibi mulieres sedebant plangentes Adonis*, para concluir que aquellos ritos eran una bárbara y necia, si religiosa, demostración del sentimiento que les causaba la muerte de Adonis (f<sup>o</sup> 6 r); ya en la antigüedad debieron de considerarse como de mal agüero, según podemos observar en Plutarco (Nicias, 13, 11; Alcibíades, 18, 4-5) y Amiano Marcelino<sup>31</sup>.

Tirso, de nuevo en consonancia con los preceptos de Horacio, ha sabido adornar su relato de modo que *ficta voluptatis causa sint proxima veris* (v. 338) *atque ita mentitur, sic veris falsa remiscet / primo ne medium, medio ne discrepet imum* (vv. 151-52). Y este saber escoger hilos semejantes (*la trama ha de ser del hilo de la urdiembre*) para la confección de su tapiz, es un mérito que debemos reconocerle.

<sup>27</sup> *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea, traducida en romance por Fernando de Mena*. Madrid, RAE, 1954, p. 107.

<sup>28</sup> V. la interpretación que del nombre y de la noche hace Pérez de Moya (*Philosophía secreta*. Madrid, Los Clásicos Olvidados, 1928. II, 263).

<sup>29</sup> DETIENNE, M., *Los jardines de Adonis*. Madrid, Akal, 1983.

<sup>30</sup> *Annua plangoris peraget simulamina nostri* (Ovidio: *Metamorfosis* X, 727). San Jerónimo, al comentar el pasaje de Ezequiel, cuenta *eundem iulium mensem eodem appellant nomine & anniversarium ei caelebrant solemnitate, in qua plangitur a mulieribus quasi mortuus & postea reviviscens canitur atque laudatur* (*Super Ezechielem*, c. VIII).

<sup>31</sup> *Evenerat autem iisdem diebus annuo curso completo Adonia ritu veteri celebrari amato Veneris, ut fabulae fingunt, apri dente ferali deleto, quod in adusto flore sectarum est indicium frugum. Et visum est triste, quod amplam urbem principum domicilium introeunte Imperatore nunc primum, ululabiles undique planctus & lugubres sonitus audiebantur* (c. XXII).